

EDIPO EN LAS CEREZAS

Bruce Stein

Primero, un corto resumen de *Las cerezas*: Un joven romántico cardíaco, Félix Valdivia, vuelve a entrar en la vida de dos mujeres, Beatriz y Julia, madre e hija, a quienes había conocido cuando niño. Félix se hace amante de la madre, Beatriz, hacia la cual la familia de Félix siente fuerte animadversión a cuenta de supuestas relaciones ilícitas que había tenido ella con el tío de Félix, Guillermo, muerto violentamente bajo circunstancias misteriosas mientras estaba con ella.

Félix sale solo, en vacaciones, a caminar por las tierras de Valencia, reconociendo las heredades familiares, Almudeles y «La Olmeda», y a la rama paterna de la familia Valdivia. Conoce a una prima, Isabel, con la cual hay la posibilidad de entablar relaciones amorosas; pero piensa en ella como una hermana, aunque con matices eróticos. Beatriz planea darle a Félix la sorpresa de reunirse con él, y así aparece por esas tierras, en veraneo con Julia. Félix y Beatriz reanudan sus relaciones de amantes.

Luego Félix va de excursión para subir a un monte, «la cumbre de nieve»; allí experimenta un tipo de revelación personal, y al volver quiere a su prima Isabel más que a Beatriz. Apresurándose a llegar al lado de Isabel, sufre una angina de pecho. Muere de un segundo ataque — habiendo lamentado no haber querido a Isabel — al quemar un campesino un murciélago vivo fuera de la casa donde convalece.

Julia, la hija de Beatriz, ya había huido con un primo de Félix, Silvio, para casarse con él; pero en la última escena la encontramos reunida con su madre, después de desavenencias con Silvio por culpa de los celos de éste causados por el difunto romántico. El marido de Beatriz, Lambeth, también se muere, y Beatriz y Julia, madre e hija, se aislan en una casa cerca del cementerio donde yace sepultado Félix; es un cementerio plantado de cerezos, cuya fruta está vedada comer por las tradiciones locales. Las dos comen de ella. Y finalmente aparece Isabel, comiéndola también.

Pesa sobre este esquema la influencia de dos agentes de mal augurio, íntimamente relacionados, en los que el autor pone fuerte énfasis: la figura de Guillermo, a quien se parece Félix, y cuyo fin funesto, especialmente en vista de la común relación entre ellos a través de Beatriz, augura un mal fin para Félix; y la persona de Keveld, el asesino de Guillermo, muerto por su propia mano después del asesinato, pero a quien imagina ver Félix en Giner, el cual, dado el apodo de «Keveld», está siempre presente con aspecto hostil, y llega a presenciar la muerte de Félix, haciendo papel figurado en la muerte de Félix paralelo al de Keveld en la muerte de Guillermo. El cuadro 1. resume las relaciones entre los personajes principales:

familia Valdivia

hermano: tío Eduardo
 hermana: tía Constanza
 primo: Silvio, hijo de C.
 prima: Isabel, hija de E.

familia de Félix

padre: Lázaro Valdivia
 madre: «madre de Félix»
 hijo: Félix

familia de Beatriz

marido Lambeth
 mujer: Beatriz
 hija: Julia

Guillermo

tío (y padrino) de Félix, y amante de Beatriz («la madrina»)

asesinado por
 Keveld

familia Giner

madre de Giner
 Giner
 «mujer de Giner»

1. Relaciones entre los personajes principales.

No es novela de acción. El conflicto primario es un conflicto de sentimientos, y aunque llega a expresarse en las acciones, no son las acciones lo que importa, sino lo que sienten los personajes y sus orientaciones hacia la realidad.

En el nivel dramático, el conflicto es obviamente entre el amor de Félix con Beatriz y la desaprobación de los Valdivia. No obstante, la naturaleza del conflicto o es tan obvia: los Valdivia no basan su desaprobación tanto en que un amor adúltero como en que las relaciones de Beatriz y Félix auguran un mal fin para él, un fin prefigurado, borroso y amenazador, relacionado con la muerte de su tío Guillermo.

También hay un conflicto entre Félix el mundo que le rodea. Quiere traspasar los límites: ansia lo inefable, tanto en lo metafísico como en la belleza, en el amor platónico y en el amor erótico; y para él todo es el mismo impulso. Le impide realizar sus deseos la indiferencia, la crueldad, la dureza del mundo, las reacciones ante la fealdad y su propia conciencia. Este conflicto crea un tipo claroscuro en el que contrasta una visión mística de bellezas exquisitas con un trasfondo de frustraciones, amenazas, crueldades, mezquindad y melancolía. Dicho simplemente, Félix es un romántico a quien rechaza el mundo en sus intentos de conseguir más de lo posible; y el conflicto entre su amor y su familia es sólo un reflejo del conflicto básico entre Félix y el mundo.

Hay rivalidades amorosas. A primera vista, no son tan aparentes. Las que se esperaba encontrar no cuajan; por ejemplo, no se desarrolla ningún conflicto entre Lambeth, el marido de Beatriz, y Félix, precisamente por la indiferencia de aquél ante su mujer. Sin embargo, surgen otras rivalidades, menos obvias, más complicadas y sutiles, que van desde el amor erótico hasta el totalmente familiar.

Beatriz momentáneamente concibe un posible conflicto entre ella y su hija, Julia, por causa de Félix, al igual que Silvio siente celos por razón del cariño

de Julia por Félix. En la mente de Félix, se unen Beatriz, Julia, la mujer de Giner e Isabel para formar una esencia de mujer, hacia la cual siente Félix entusiasmo general; pero, no obstante, opera dentro de Félix una rivalidad entre Isabel y Beatriz que se hace más clara al progresar la novela: en afecto, Félix pasa de su amor con Beatriz a preferir a Isabel. Para Silvio, Isabel es la mujer escogida para él por su madre, la tía Constanza, mientras Julia le está vedada; escoge a Julia, y huyen a casarse, aunque finalmente Julia le deja a Silvio para ir con su madre. Y recordemos que los motivos de las desavenencias entre Julia y Silvio son los celos que le inspira el recuerdo de Félix. En terreno puramente familiar, Lambeth discute con Beatriz acerca de la custodia de Julia.

Los sucesos de *Las cerezas* y la manera en que el autor nos hace juzgar esos sucesos no forman una ilación lógica, sino son más bien la materia de sueños, son altamente ilógicos, unidos por la fuerza de imágenes afectivas y por los pronunciamientos fatídicos de los personajes.

Ejemplo de esto es la aura de fatalidad que rodea a Félix. Miró la crea a fuerza de hacer que todo personaje insista en la semejanza entre Félix y Guillermo como prefiguración de un destino trágico; hasta Félix mismo reflexiona de este modo (habla beatriz):

— Hablaba mucho de la muerte siendo él
(Guillermo) llama de amor y de vida.
Como tú, la veía en el reflejo de la
luna, dentro de los estanques y del mar,
en las nubes de los ocasos, en las silue-
tas de las montañas y de los árboles.
Oh!, Félix, no hables, no la veas más
como una amada, que se me figura que sois
predestinados y tengo miedo de ser yo
quien llegue a pensar en tu muerte lo
mismo que imagino la de Guillermo!

Entonces, Félix sintió un apresura-
miento helado de su sangre y escuchó los
pasos de otra vida, llegada del misterio,
caminando encima de su alma. Señor,
él también padecía la visión de la muerte
en los vivos... y ahora las palabras de
Beatriz le removían esa ilusión fatídica;
y pareciale que tío Guillermo se abrazaba
a él, dejándole el alma señalada de frío. (1)

Con este sentido de fatalidad se une la violencia pasada, siempre presente en la persona de Giner, el cual no tenía nada que ver con la muerte de Guillermo, pero que por su crasitud sirve como repositorio adecuado para que la imaginación de Félix llegue a identificarlo con Keveld, el asesino de Guillermo; y Miró le llama «Keveld» siempre que se le relaciona con Félix, pintándolo entonces con matices hoscos y torvos:

... y sólo entonces reparó el viajero
Félix en otros dos que le estaban miran-
do. Apenas pudo saludarles, impresiona-
do de la visión de una figura crasa, des-
colorada, de oblicuos y menudos ojos, y
boca torcida por una mueca de espanto o
de mal. Van Keveld! Sí, Keveld; pero

el seudo Keveld, que el feroz holandés
había muerto verdaderamente; y el Keveld
del vagón era el mismo hombre que Beatriz
y él vieran una tarde caminando despacio
detrás de su esposa. (2)

También hace Miró que Giner haga un papel simbólico en la muerte de Félix que refuerza esta impresión. Considerado objetivamente, Giner no es tanto personaje como catalizador que facilita que quedemos con una impresión determinada.

La simbología de *Las cerezas* llega a un apogeo al consumir su función, con la muerte de Félix. Félix murió de una angina de pecho que sufrió como resultado de los esfuerzos inusitados asociados con su excursión a «la cumbre de nieve.» Si tenía culpa de alguna clase, era la de no haber respetado sus limitaciones corporales, ya que sabía que tenía una historia de cardíaco. Esto no se relaciona ni con los amores de Félix, ni con el destino prefigurado por «Guillermo y Keveld, ni con ninguna gran culpa moral; sin embargo, Miró consigue sugerirlo todo.

Habiendo bajado de «la cumbre de nieve» a «La Olmeda», Félix oye que su prima Isabel se ha quejado de que ya no les quiera, y él sale corriendo a Almudeles para desmentirlo. En el camino se encuentra junto a la masía de Giner, ve a la mujer de Giner e intenta saludarla. El celoso marido sale para evitar contacto entre Félix y su mujer, y en su prisa tropieza y cae. Félix se apresura a ayudarle, y ocurre lo siguiente:

Los ojhos de Giner, torcidos de en-
furecimiento, se hincaron en los del ro-
mántico, y sus manos y piernas se agita-
ban brutalmente para rechazarlo.

Félix lo perdonaba, y se inclinó ha-
blándole con dulzura de hermano bueno,
y alentábale la esposa, que lo veía re-
dimido de toda mácula y sospecha de rufián.

El peso y la violencia del caído lo
derribaron. Félix dió un grito inmenso
y angustioso.

Keveld!!

Una zarpa de fuego torcía su corazón;
un puñal de dolor le desgarraba desde el
hombro hasta el codo izquierdo, y la boca
de un oso le mordió apretadamente en la
garganta. Se ahogaba.

Quedó tendido bajo las rodilhas de Gi-
ner. (3)

De esta manera Miró une los hechos y los símbolos y nos persuade de que el destino de Félix, prefigurado en Guillermo y Keveld, se está cumpliendo.

Félix no muere con este primer ataque, sino que queda convaleciente en «La Olmeda», rodeado de su familia. Piensa en las mujeres de su vida, y lamenta o haber querido Isabel. Trata de descifrar el destino que le lleva a un fin trágico:

Oh, pobre vida suya! Era trasunto
de las inquietudes y concupiscencias, del
apocamiento, de la fatalidad y misticismo
de toda una raza que generó en lo pasado
todos los motivos de sus andiedades, de

sus andanzas sentimentales, y hasta de sus gustos y actos más humildes? Es que verdaderamente llevaba la pesadumbre de una espiritual herencia de aquel hombre que pudo manumitirse de las ataduras de timidencias y recelos y se abrasó en el pecado? (4)

Fuera, en el jardín, delante de todos, un campesino, Alonso, quema vivo un murciélago que muere chillando. Justifican esta acción con la noción de que el murciélago puede ser el demonio. Inmediatamente después encuentran a Félix muerto en su cama, con la mano derecha crispada encima del pecho. Esta yuxtaposición de imágenes nos comunica, aunque no lógicamente, el sentido trágico de un Félix deshecho por un destino malévolo e inclemente, mientras intuía el acercamiento de su fin, sin poder comprender el por qué de su destrucción.

Nosotros tampoco lo comprendemos. Cuál es el «pecado» de Félix? Es su deseo mismo de excelsitud? Es el pecado contra el matrimonio? O es todo esto, y algo más? Antes de contestar, vamos a considerar otro aspecto importante de *Las cerezas*, sin el cual no se conoce la novela.

El tono de *Las cerezas* se caracteriza por la exquisitez; pero es una exquisitez ya decadente, por razón de los esfuerzos extremados que se hacen para lograrla, y por el nerviosismo que contiene. El reflejo más puro de esta belleza enfermiza se encuentra en el lenguaje, el cual, a menudo, se acerca a la poesía cuanto puede, en metáforas llenas de sutil emoción, en donde Miró comprime el máximo en lo mínimo; son metáforas que siempre traslucen, a través de su belleza, un fondo de melancolía y nerviosismo. Por ejemplo:

Todo el barco sosegaba. Félix y doña Beatriz conatempleban la noche.
Lejos, las aguas se iban llenando de luna de color vieja y muy triste
Se asomaron sobre la hélice que despedazaba al mar, dejándole un hondo rugido de espumas que parecían hechas de luciérnagas. (5)

Entre los personajes, este tono de exquisitez decadente se refleja en la persona de Félix, que se extrema tanto en la búsqueda de alegrías y sutilezas, y en la intensidad de sus expresiones de goce y dolor, que llega a poseer matices femeninos e infantiles.

En la acción amorosa de *Las cerezas*, el autor emplea la fascinación de la «fruta prohibida» para crear un amor de mayor delirio y exquisitez. El amor de Félix y Beatriz ya es prohibido por ser adúltero, pero su carácter adúltero recibe poco énfasis, y de acuerdo con el tono general de la novela, se extrema para romper la barrera aun más sagrada del incesto, sugiriendo así un amor erótico entre hijo y madre.

Por esta sugerencia del incesto *Las cerezas* tiene comunidad con el *Edipo* de la antigua mitología griega. NO es que *Las cerezas* sea un remedo del drama de Sofocles, ni mucho menos, sino que tanto Miró como Sofocles aprovechaban la misma realidad psicológica, cada uno de un modo distinto, usándola como parte de la materia de sus literaturas. Es decir, que ambos recogieron la prohibición del incesto como un tópico principal.

Pero donde en *Edipo rey* el problema es claro y abierto, en *Las cerezas*

se esconde y se disfraza; para adivinar sus cauces en *Las cerezas* hay que utilizar el entendimiento que nos da la psicología moderna, siempre teniendo en cuenta, por supuesto, que ahora nos interesa este motivo no como aspecto de la psicología anormal, sino como un hilo (en este caso hilo principal) en un tejido literario.

Mas, antes de precisar los contornos que el tema del Edipo manifiesta en *Las cerezas*, vamos a considerar las similitudes, de no poca importancia, que hay entre ella y género de la tragedia griega.

La primera es el destino inexorable que le persigue a Félix. Este destino es cantado por un coro compuesto de todos los personajes, siendo pronosticado también en Guillermo y Keveld-Giner. Además, el héroe, Félix, tiene un defecto trágico, el cual es su afán de franquear barreras, que le hace actuar sin respeto de sus propias limitaciones y que termina siendo la causa de su muerte. Ultimamente, muere Félix consciente de su fin, pero sin poder detenerlo. Estos factores combinan a darle a *Las cerezas* el aspecto de fatalidad en que tanto se asemeja a la tragedia clásica, aunque a la vez de distancia del modelo clásico por el carácter romántico de Félix y el enfoque sentimental de la novela.

Sin embargo, si en su forma *Las cerezas* tiene cierta semejanza con los dramas griegos, incluyendo *Edipo rey*, en su contenido hay mucha diferencia. Edipo, en la tragedia de Sofocles *actúa sin saber* y después descubre lo que ha hecho; Félix *desea* y se envuelve en situaciones equívocas que permiten interpretarse como incestuosas, *aunque en realidad Félix no actúa* para romper la prohibición. Este aspecto de ambigüedades efectivas que respondem a motivos ocultos es lo que más caracteriza *Las cerezas*, opuesto a la acción consistente en *Edipo rey*. Lo importante en *Las cerezas* es el *deseo* que se expresa en una interpretación de la realidad y una consiguiente orientación hacia ella.

Félix la ve a Beatriz como madre, y con alguna razón, puesto que quizás tenga edad de ser su madre, ya que cuando Félix era niño su tío Guillermo (su padrino) lo llevaba a visitar a su amada, Beatriz, y a jugar con Julia, hija de Beatriz. En su nueva relación, Félix y Beatriz conservan la intimidad de antaño; empiezan con una mutua fascinación espiritual que paulatinamente se complica en los tres primeros capítulos de la novela hasta crear la relación familiar que se caracteriza en este párrafo:

Desde esa tarde ya no sufrió rigores de antesala. Sumergióse en el delicioso regazo del cariño de doña Beatriz. Merendaba y retozaba en el huerto con su amiguita [Julia] de antaño. Y la madre le cuidaba y regalaba, como si todavía fuese aquel rubio rapaz que tío Guillermo llevaba de la mano. (6)

Félix se relaciona con Beatriz como madre, y con Julia como hermana. El sentido de íntimo cariño materno que Félix encuentra en Beatriz se expresa concentradamente en la palabra «madrina». En todas partes de *Las cerezas*, antes y después de hacerse amante de Beatriz, Félix se refiere a ella con este epíteto. En momentos de éxtasis amoroso, Félix exclama, «Madrina!», como si sirviese de resumen a su emoción. En la noche en que se hacen amantes, Félix, caminando hacia la casa de Beatriz, piensa lo siguiente:

Las pobres gentes, que no alcanzaron la

felicidad de una «madrina» como la suya, que lo arrebató a una alta cumbre desde la cual vela siempre su vida dentro de una noche magna y sagrada de plenilunio! (7)

Madrina: madre espiritual, y madre en el espíritu de Félix. de acuerdo con esto, Félix siente gusto en hacerse niño:

— Sí, sí, «madrina», hábleme como a un chiquito. Yo gozo tanto queriendo, que — padezco, porque exprimo y entrego mi vida. Pues sentir que me quieren, me es tan delicioso que oyéndolo parece que me duermo y todo como un rapaz bebiendo del pecho de la madre. (8)

Y las figuras de Beatriz y la madre de Félix se confunden en las percepciones de Félix: está acostado, convalecido de la angina de pecho:

Le besaban en los cabellos, y suspiraban encima de sus sienes. El nombre y sensación de Beatriz se le difundieron dulcemente.

·Era su madre, humilde, callada y entristecida. (9)

El propósito, consciente o inconsciente, del autor en perfilar la psicología de Félix queda bien claro: Beatriz corresponde al recuerdo afectivo que Félix tiene de su madre. Significativo también es que ésta es la única vez que la madre de Félix se nombra. A causa de la naturaleza del drama psicológico, las figuras más centrales se esconden, y los conflictos asociados con ellas toman parte en una metástasis que las desintegra; esparce sus aspectos varios a todas partes de la novela, para expresarse en otros personajes.

De este modo, la madre de Félix es la «Yocasta» de *Las cerezas*, pero casi ni se la ve; se ven más bien reflejos de ella en otras mujeres de la novela. Beatriz, por supuesto, es la «áster Yocasta» principal. Pero también es «Yocasta» la mujer de Giner; «anti-Yocasta» son la tía Dulce Nombre, la tía Constanza, la tía Lutgarda ya la madre de Giner, por incorporar reacciones de antipatía y de más complicación.

Siguiendo este hilo, el «Layo» de la novela es Lázaro Valdivia, con sus «áster Layos» cubriendo un espectro de muchos matices. En esta clase se incluyen Keveld, Giner, Lambeth, el Sr. Ripoll, el capitán del barco, Alonso y el tío Eduardo. Los «Edipos» son Félix y Guillermo, ocn un «anti-Edipo» en Silvio, dominado por su madre. Y desviándose a otro mito, también hay detalles de «Elektra» en Julia e Isabel.

Una revelación significativa se descubre en las diferencias entre Giner y Keveld. Keveld, encarnación del impulso de «Layo» de matar a su hijo, siempre se describe con matices feroces; pero al reflejarse la imagen de Keveld en el espejo Giner, queda torcida. Giner es hosco y torvo, lo cual sugiere la ferocidad de Keveld; sin embargo, el autor, por su costumbre de asociar el significado de un seceso con un personaje cercano no relacionado, nos revela a Giner con miendo de Félix:

ribazó. Las llamas enrojecían la noche, alumbrado siniestramente la casa de la-

branza de Giner. Por un muro danzaban y se rompía un horrendo fantasma de sombra; y surgió el mendigo lisiado, que se alegraba para pedir a los caminantes. De pronto huyó gesticulando, miedo.

Salieron gentes; en las habitaciones altas se alumbraron las ventanas, y apareció el matrimonio «Keveld».

Doblóse de tristeza el corazón de Félix. No sólo le huía el vagabundo; también se le alejaban esas dos pobres almas, hasta abandonar su recogido huerto de la hoz! (10)

Este miedo (el miedo de «Layo» hacia «Edipo»), nos dicen los psicólogos, forma la base del llamado «complejo de Layo» (11), el impulso del padre a matar al hijo. Se señala este aspecto específicamente porque *Las cerezas* se organiza alrededor de dos impulsos contrarios: el de frustrar y destruir a Félix; y el de Félix, de amar y gozar. Su tema, aunque en forma velada, es el potencial conflicto a muerte entre padre e hijo. Concuerdar perfectamente con esto el hecho de que, junto con quedarse en las sombras la madre de Félix, tampoco se ve ninguna persona de la familia de ella. Félix está en conflicto con su familia en cuanto a su amor con Beatriz en particular, y su expansividad romántica en general: pero sólo es con la rama paterna de su familia, es decir, con su padre. El patrón básico del conflicto es el del triángulo, de cierto modo erótico, formado por padre, hijo y madre. (12)

Variaciones de más complicación, inherentes en este patrón, se ven en las otras familias de la novela. En la familia del tío Eduardo hay ambigüedad sexual:

Había semejanza en los hermanos; mas don Eduardo tenía la nariz y la boca pequeñas y femeninas, las mejillas redondas, y sus ojos dulces y apocados; y en la señora estaba todo el continente brioso y austero. (13)

De acuerdo con esta descripción, la tía Constanza cuida de los negocios y manda dentro y fuera de la casa, y el tío Eduardo es pasivo y sentimental.

También hay ambigüedad de parentesco. La tía Constanza y el tío Eduardo hacen los papeles de mujer y hombre de familia, aunque son hermanos. Isabel y Silvio viven como hermanos, aunque son primos carnales y concebiblemente podrían tener una legítima vinculación de amor. Todo en esta familia se presta a interpretaciones equívocas. Aunque los miembros de la familia viven totalmente conformes con las normas sociales, su situación proporciona un rico campo en que una mente obsesionada con el incesto puede fantasiar. Félix entra en este ambiente y le dice «hermanita» a Isabel, su prima segunda, creando así una situación en la cual se confunde el deseo con la realidad.

Es significativo que, después, de su ascensión a «la cumbre de nieve» (ascensión que lleva el significado de que quiere conformarse con las fuerzas de la realidad), Félix cambia su fidelidad de Beatriz a Isabel, aunque todavía vacila y concibe a Isabel como hermana.

En la familia de Giner, Giner se ha rendido a la influencia de su madre, y ella rige en todo. Se encuentran ecos de este fenómeno en la actuación de

Silvio (que también es celoso, como Giner), y de cierto modo en la del tío Eduardo.

En toda la obra, Félix está en conflicto con los límites que le imponen la realidad y la organización social. Parece sobrepasar estos límites especialmente su amor de Beatriz, por las sugerencias del incesto ya descritas, las que se relacionan directamente con el gran artificio de la novela — su aura trágica — por vía de los mecanismos psicológicos de los cuales no proporciona mayor comprensión la leyenda de Edipo, tanto en su forma literaria como cuando interpretada por la psicología moderna.

El castigo de Félix, dentro de la lógica (ilógica) afectiva de *Las cerezas* es el resultado de su deseo de traspasar los límites de las prohibiciones, y en gran medida la «culpa» de Félix se colorea de matices eróticos. La organización de la novela hace que estos motivos se reflejen en todo personaje y que parezca que el universo mismo conspira contra Félix.

La «palinodia» de Félix fecha de su excursión a «la cumbre de nieve», donde goza de paz y solitud en las que puede ver sus amores con más claridad; las circunstancias de la subida sugieren que Félix ya ha comenzado a obedecer la voz de la autoridad (en este caso su guía), y que sus acciones van a ser más normales. Al volver, muestra un amor de «hermano bueno» para todos, y favorece a Isabel por encima de Beatriz. Con esto se muere, probablemente porque ya no es Félix; se decir, porque ha resultado sus conflictos interiores.

Sin embargo, la terminación de *Las cerezas* comunica algún desarreglo. Julia está separada de su marido, y vive con su madre, Beatriz; madre e hija pasan todos los días a visitar la sepultura de Félix y a comer la «fruta prohibida» del cementerio. La situación sugiere que el conflicto básico no se ha solucionado, que sólo está contrarrestado, y por eso siempre tendrá su atractivo lo vedado.

Há sido señalado que *Las cerezas* tiene factores en común con el *Edipo rey* de Sófocles, en su forma trágica, y en la naturaleza de uno de los principios psicológicos de que hacen uso: la prohibición del incesto. Se ha subrayado también que hay grandes diferencias entre las dos obras, que en *Edipo rey* el conflicto del Edipo se expresa abiertamente y por la acción, mientras que en *Las cerezas* este conflicto sólo se sugiere, siendo el reflejo de un deseo. Adicionalmente, merece destacarse que el drama de Sófocles trata del aspecto «Edipo» del tema, pero *Las cerezas* pone mucho énfasis en el aspecto «Layo». Por último, hay un mundo de diferencia entre Edipo, que es un héroe que hace penitencia y sufre largamente, y Félix, que aun con su «palinodia», es una criatura indulgente e impulsiva.

No obstante, *Las cerezas del cementerio*, lejos de ser obra superficial, se funda en uno de los manantiales perennes de los conflictos básicos del espíritu humano.

University of Pittsburg U.S.A.

Notas

1. Gabriel Miró Ferrer, *Obras completas* (Madrid: Bibliografía Nueva, 1943), pág. 294.
2. *Ibid.*, pág. 302.
3. *Ibid.*, pág. 372.
4. *Ibid.*, pág. 375.
5. *Ibid.*, pág. 284.

6 *Ibid.*, pág. 286.

7 *Ibid.*, pág. 300.

8 *Ibid.*, pág. 288.

9 *Ibid.*, pág. 375.

10. **Obras completas**, p. 342.

11. Erich Wellisch, **Isaac and Oedipus** (London: Routledge and Kegan Paul, 1954), Hace un fino análisis de este aspecto del «complejo de Edipo», por vía de una comparación de la **Trilogía** de Sófocles con la historia bíblica de Abraham e Isaac, añadiendo su comprensión de lo que quizás sea una etapa final en la resolución completa del conflicto, el cual llama «The Akedah Motif».

12. Se han suprimido los elementos religiosos de la novela en este estudio, aunque tienen una organización análoga y se prestan a una interpretación alegórica, porque, según mi opinión, son una expresión secundaria del afán de Félix, la primaria siendo el amor humano, con mayor énfasis en el erótico. Además, los paralelos que hay entre la vida de Cristo y la de Félix son más bien una variación irónica del tema principal, en clave menor.

13. **Obras completas**, p. 308.